

## LA MUJER Y LA MUERTE

Por: Héctor Ceballos Garibay

Ambas, la mujer y la muerte, son entes con interesantes similitudes y radicales antagonismos. Hay semejanza, por ejemplo, si advertimos el carácter enigmático, azaroso y hasta veleidoso de la personalidad femenina, tal como sucede casi siempre con ese misterioso proceso que nos iguala a todos y que nos lleva al fatal “dejar de existir”. Este curioso paralelismo, dado que tanto la mujer como la muerte acusan la misma condición de ser caprichosos, volátiles y contingentes, es precisamente el factor que en primera instancia vuelve sugestiva y pertinente la reflexión a la cual nos invitan los quince artistas del insigne Taller Escuela Mapeco que inauguran hoy, 31 de octubre del 2003, esta exposición plástica que además de sus fines altruistas (recabar fondos para la institución) también sirve de homenaje al popular y ancestral ritual de Día de Muertos. Se trata, entonces, de que el público aquí convocado se involucre emotiva e intelectualmente con estas ricas y variadas propuestas plásticas cuyos diestros trazos, versátil tallado, rica imaginería y elocuentes contrastes de blanco y negro nos conduzcan hacia una apasionante disquisición sobre los lazos profundos, de atracción y rechazo, de empatía y antipatía, de convergencia y divergencia que existen entre la feminidad y la muerte.

Desde la perspectiva de la antítesis entre la mujer y la muerte también emergen infinidad de elementos que motivan a la elucubración filosófica. Este es el caso, por cierto, de la antinomia que se manifiesta entre la condición femenina entendida como generadora de vida, como portadora de la simiente, como madre que alumbró y asegura la continuidad de la especie humana, y la muerte concebida como la finitud de la existencia, en tanto que paso del ser al no ser, como extinción de la individualidad concreta de todos los entes vivos, como tránsito inexorable y absoluto hacia la nada. La mujer, en este sentido, se opone a la muerte como la noche al día, igual que un oasis al desierto, de manera semejante a como el agua apaga el fuego. Y si Freud especuló sobre la supuesta envidia que sienten las mujeres hacia el pene, Erich Fromm, por su parte, se refirió a la envidia que tenemos los hombres por la facultad procreadora de las mujeres.

La extraña dialéctica entre la mujer y la muerte adquiere mayor complejidad si la planteamos en términos históricos o mitológicos. En este horizonte del saber aparece, desdichadamente, la misoginia: esa catarata oprobiosa de estigmas, anatemas y miedos fóbicos a las mujeres, quienes debido a estos prejuicios son concebidas como seres maléficos, seductoras perversas, brujas demoníacas y vampiresas que chupan la sangre de los hombres. Célebres personajes como la bíblica Eva que incita a Adán a comer el fruto prohibido, la astuta Pandora quien al abrir su caja repleta de males le sirve a Hefesto como instrumento de venganza en contra de Prometeo, y la intrigante Herodias que incita a Salomé para que seduzca y luego asesine sin piedad alguna a sus enemigos, todas ellas son mujeres que terminan siendo finalmente una sola: la portadora del pecado

y la lujuria, la que acarrea las desgracias y la muerte, la maestra de las hipocresías y la vanidad, la artífice de la manipulación y la mentira. Estamos, pues, ante la presencia de un retrato maniqueo y sectario que ha existido a lo largo de la historia, que proliferó como nunca a fines del siglo XIX (véase si no la obra de artistas e intelectuales como Nietzsche, Shopenhauer, Strindberg y Munch) y que por desgracia todavía pervive y pulula, aunque con menor fuerza, en algunos ámbitos ideológicos del mundo actual.

A esta concepción antifeminista le corresponde, curiosa y paradójicamente, el otro lado de la moneda, su complemento extremo: la mistificación de la mujer, idealizada como virgen inmaculada, como madre abnegada, como mártir y santa. En este contexto de sacralización cultural de la mujer impoluta nace y crece, como corolario ideológico, esa tradición tan mexicana estudiada por Octavio Paz en *El Laberinto de la Soledad*: la chingada. Y en efecto, en nuestro país y en todo el mundo, no hay peor insulto que aludir a la puta madre, a la chingada sexualmente, a esos seres profanados que pueden ser, potencialmente, todas las mujeres existentes menos la madre propia.

Más allá de prejuicios y mistificaciones, de vituperios y alabanzas a la condición femenina, no hay duda de que los dos sexos, los hombres y las mujeres, poseemos, no obstante nuestras diferencias biopsíquicas, los mismos derechos sociales y políticos, así como las mismas potencialidades espirituales e intelectuales. Así entonces, nuestra capacidad para la creación y la destrucción, para hacer el bien y el mal, para sufrir y gozar, conforma una cualidad particular inherente a la especie humana, similar a la manera como ambos sexos nos enfrentamos a la fatalidad de la muerte, ese espectro fugaz que se nos aparecerá tarde o temprano y que, femeninamente, nos guiñará el ojo y nos llevará consigo.

A 29 de octubre del 2003, Sés Jarháni, Uruapan, Mich.